

Capítulo Primero: *Los Supergamberros Zorton y Navete*

Pero eso de recuperar la figura del gamberro clásico en la sociedad, era algo que dependía más de la práctica que de la teoría; así que Navete, como máximo representante e inspirador del movimiento artístico que se proponía recuperar dicha figura, se jugaba el tipo en la calle dando testimonio en vivo y en directo con sus divertidas gamberradas.

Era la cola del viento para sus perseguidores, en especial para el inspector Pómez, al que, según supo Navete, le habían asignado un ayudante que había estudiado criminología nada menos que en Kansas City. El tipo se llamaba Milka y, según decían, tenía la cara de un tigre asustado a punto de morder y desgarrar por un miedo innoble.

Don Plastencio reposaba en su severo silencio abigotado, dejándose acariciar en lo más hondo de su ser por la magnífica obra de castor que había hecho de su vida. Tomaba libros de su opulenta biblioteca no más que para oír los goznes herrumbrados de su merecida existencia prócer. Algún pedo, de vez en cuando, no merecía, sin embargo, más que un eficazísimo torrente de ambientador barato de “todo a cien”... Cosas de Don Plastencio...

Y Zorton, viajando con las hojas otoñales a la escarpada altura de una lejana nube, tenía un merengue cansado en la cabeza que le impedía precisar un pensamiento. Depresión la llaman. Desde aquella noche que huyeron en el yate, no había vuelto a ver a Lira, la niña solar; ni a Tolinda, la vieja del bocata, ni a Teresa, - la novia de Navete - y, por supuesto, no sabía nada de su misterioso amigo gamberrazo. ¡Quién iba a sospechar que, de pronto, en lo más tranquilo de la travesía, se iban a chocar con un atunero faenando!. Los marineros se echaron a bordo cual si fueran piratas y hubo una trifulca que se saldó con un polvorín de hostias humeantes con sabor a maroma y a rincón de vino; mientras, Zorton elevaba los brazos tratando de explicar el origen de la confusión sin más impulso en su voz que un lánguido vahído... En un movimiento desesperado de delirante fatiga, Zorton vio a Navete evolucionar en el aire entre las antenas y banderas del yate propinando una certera patada en el pecho al patrón del atunero, que al caer al suelo, tal vez para disimular o por recurrir al agudo ingenio gaditano, se excusó de devolver el golpe aduciendo que se le habían olvidado los donettes al sol en la cubierta del barco; todos oyeron la excusa y notaron que no había nada raro en la forma en que el capitán del atunero se retiraba, ningún movimiento despreciable en sus nalgas perdidas bajo el pantalón gris tipo toldo sacudido por la tibia galerna de la gresca... Pero uno de los subordinados atuneros, que tenía muy mal perder, no se

avino a la inteligente tregua de su capi, y creyendo que iba a pasar por broma pesada, pero con deseo claro de molestar, le agarró bien el culo a Lira, la niña solar, que junto con Teresa y Tolinda había salido de sus camarotes tras oír la ocurrente tregua propuesta de los donettes. Al verlo Zorton quedó achinchetado en su propia rabia y desesperación, sin poder mover una mano, notando cómo alrededor de sus sienes se derrumbaban las últimas colinas donde no había alcanzado aún su cobardía. La chica solar le dio un puntapié en el paquete al grosero marinero y después, sin avisar al apesadumbrado Zorton que parecía enajenado en una gota de agua como límite de su destino, dándole un empujón lo arrojó por la borda. ¡Cobarde! ¡No quiero verte más!, dijo la niña solar, mientras Zorton se alejaba lentamente de la superficie buscando la paz definitiva en el fondo... Entonces notó una mano de acero que le oprimía el cuello; era Navete, que con estilo de nadador de barriada, lo devolvía por la fuerza a la vida en el límite ondulante del mar... La brisa en la superficie traía un azote de gaviotas recién llegadas que sugería en el agudo instinto de Navete la presencia de otra embarcación en los alrededores. En efecto, se trataba de la guardia marítima, que debía de haber localizado, en su habitual prospección del litoral, el extraño encuentro de las dos embarcaciones y venía como siempre a pedir documentaciones y a poner multas de bulto. El gamberro Navete decidió abandonar deliberadamente a Zorton para que la policía se ocupara de su salvamento mientras él y su tripulación huían en el yate al punto más cercano, Tarifa donde podrían ocultarse hasta que pasase el marrón, en un lugar secreto que conocía en el Acantilado de las Breñas.

La patrulla costera, a través de emisora de radio, supo del incidente y fuga de unos malhechores en la playa de El Puerto y comunicó de inmediato con el inspector que llevaba el caso, un tal Pómez. Pómez se llevó una dura decepción cuando supo que no era Navete sino Zorton el tipo al que habían rescatado del agua y una vez más se conformó con interrogar al amigo del celeberrimo gamberrazo para obtener información detallada imprescindible con el fin de elaborar con don Plastencio otro plan de captura de Navete; porque, pensar en atraparle en los recónditos rincones que ofrecía la bahía para ocultarse, amén de la astucia con que siempre se adelantaba Navete a sus movimientos, era pensar que los burros volaran o que don Plastencio degustara una tapa de cabeza de gallina garrapiñada bañada en chocolate de las que Don Tirante, el padre de Zorton, empleaba para motivar laboralmente a sus trabajadores.

Aquella noche, Zorton se dedicó a pasear bajo los pórticos del muelle. La muerte era sólo una habitación del hotel Purgatorio. Algún rincón cálido donde ni siquiera la luna penetrase, una sauna de ratones con sueños

venecianos en que soñar que las manchas de pescado frito en los cartones de la freiduría son en realidad misteriosos países a los que llegar a través de las fétidas alcantarillas del mundo. Él sería el único explorador capaz de alcanzar con su equipo mugriento de ratones aquellos remotos parajes donde nunca puso el pie el hombre, para que Lira entendiese de una vez que ningún cobarde correría el riesgo de perder el juicio abordando volátiles empresas que sólo reserva la fantasía a espíritus tenaces y valerosos a los que la vida ordinaria niega su comprensión. ¡Él la amaba, pero ella, Lira, no podría entenderlo nunca! ¡Sí; por supuesto que quería comprometerse en la revolución gamberril que acaudillaba Navete...! ¡Pero no de la forma en que lo hacía su amigo, sino con la palabra, la reflexión, el silencio y el respeto!

La noche entraba por el paladar incomprensible de los arcos y llegaba el aliento a cieno del dormitorio de barquitas a la orilla del río, cuando una voz infantil quejándose sacó a Zorton del fondo de la bolsa oscura de basura en que solía acomodar su lóbrega existencia. Le seguía otra voz, masculina y autoritaria en tono de reproche y mandato. Los pasos y las voces se hicieron más nítidos con la progresiva aproximación al lugar en que estaba Zorton.

- ¡Cuando yo te diga que “nos vamos”, no hay más palabra que decir, me entiendes; te levantas y nos vamos, y punto. ¿Entendido? ¿Entendido? No te oigo. ¿Entendido? – Eran gritos de un hombre adulto que se sabía fuera del alcance de la gente que murmuraba en los cocederos y freidurías de la ribera. Pero un toque en la cabeza del que se suponía era un niño, era una aportación del todo innecesaria que no dejaba lugar a dudas del tipo de indeseable aborrecible que se trataba.
- Vale – contestó una voz, casi transparente, con la nobleza cabal que caracteriza el alma pura de un niño.
- ¡No te oigo! – gritó, como si le enojara aún más la sencilla valentía de la respuesta del chiquillo. Pero el niño no contestaba. De hecho, pensó, Zorton, que más había que decir...

Cuando pasaron frente a Zorton, éste se fijó en la cara del hombre; era un tipo normal, algo calvo, bien vestido, y que dijo buenas noches con impávido cinismo a Zorton. El chiquillo era larguirucho, de unos seis años y no levantó la vista del suelo; con sus pantalones cortos, le pareció a Zorton un gigante de humanidad y valentía frente al odioso, y seguramente apestoso tipo que parecía ser, por desgracia, su padre.

- Buenas noches – contestó Zorton sintiendo cómo una apisonadora desde su interior se abría paso hacia su boca tamborileándole en el pecho – Pronto moriré – dijo
- ¿Disculpe? –contestó el hombre dándose la vuelta un poco adelantado. Los ojos del niño estaban secos de llanto.
- Pronto moriré... - repitió, para añadir con derrotada convicción – así que no me importaría matar a alguien antes, y menos a un cabrón cobarde como usted...
- No oigas a este borracho, hijo – dijo el hombre tomando de la mano al niño; pero éste seguía mirando a Zorton con su mirada fluvial seca de río.
- Sí; además le mataré borracho y luego me mataré yo; abriré con mi cuchillo de cocina grande mi vientre y saborearé mis propias tripas; pero sin dejar de mirarle a usted desangrado como un odre de vino a mis pies... Gracias por darme otra ilusión antes de morir. – Cada la palabra provenía de un misterioso halo de oscuridad que ocultaba en parte su rostro; el hombre, sin embargo, fingió no tener miedo:
- ¡Maldita escoria improductiva! ¡Pero qué coño haces ahí parado! – le gritó de nuevo al pequeño, que no pestañeaba ni expresaba emoción alguna, fijos los ojos en la sombra que amonestaba a su padre.

De pronto una figura sacudió el aire procedente de los pórticos; avanzando con decisión impresionante, se detuvo frente al hombre y el niño, mostrando una anatomía indudablemente atlética; sin mediar palabra tomó al hombre del cuello y comenzó a abofetearle sin esfuerzo. Era un torteo saludable y mantenido que parecía un aplauso inquietante recorriendo el pasaje bajo los pórticos del muelle.

- Bien, chaval; haremos esto – dijo la sombra abofeteadora – antes de poner en ejecución el dramático, pero indudable plan de este señor tan osado – dijo Navete señalando a Zorton, que por supuesto ya lo había reconocido.
- ¡Navete!
- ¡Zorti!
- ¿Navete? ¿Zorti? ¿Qué nombres son esos? – preguntó de pronto el chico animado por el espectáculo.
- Son los nombres de dos nuevos héroes urbanos, muchacho: ¡los supergamberros Zorton y Navete – dijo Navete sin suspender el ritmo del torteo que iba dejando al majadero el careto como un muñeco de trapo desmelenado y descompuesto. – ¡Cronometra un par de minutitos de esta tanda, Zorti!. ¡Ya casi está privado el nota y listo para echarlo a los perros para que jugueteen un poco con su ropa cara! –

- Escucha chico – distrajo Zorton al niño que sonreía pasmado – No te preocupes, vale. Nosotros te llevaremos con tu madre y le explicaremos todo. Tienes madre, ¿verdad? – Tras una breve pausa, el niño asintió boquiabierto.
- ¡Tiempo, Navete ¡ - añadió Zorton.
- ¡Tiempo! – contestó el rey de los gamberrazos manteniendo al muñeco desplomado cuyos cachetes tenían el risueño rubor, sin embargo, de la famosa niña de los Alpes.
- Llevaremos a... ¿cómo te llamas, hijo? – Zorton indicó entonces con un gesto a Navete que iba a pasar con el muñeco privado de conciencia. Navete lo dejó justo en el lugar en que Zorton estaba sentado cuando padre e hijo aparecieron, tomándolo como un saco y recostándolo bruscamente a lo largo del asiento hendido a la sombra del arco.
- Me llamo Grajan, y vivo en Villamosquito, 23... ¿Qué le va a pasar a mi padre? – preguntó con una cautela impropia de su edad.
- No temas – se adelantó Navete – Estas palmas que le he aplicado le escocerán mañana lo bastante para que te deje tranquilo hasta que tu madre – con la que hablaremos ahora – ponga medios legales para impedir que tu padre siga afiliado al partido de los padres cretinos, que no tiene, por cierto, ningún futuro, mientras Zorti y yo vigilemos estas cloacas inmundas – El tono era deliberadamente exagerado como en los cómics. Zorton miró a su amigo con ceño de cansada protesta.
- ¡Supergamberrazos Zorti y Navete, eh! – dijo Zorton. - ¡Mírate esa palanca de mancebo que tienes embutida en ese cuero de rockero con artritis! – le espetó en tono irónico y burlón señalándole las esbeltas piernas al gamberro – Yo me conformaría con ser un guepardo de barriada alimentado con palmeras de huevo y café tibio en vaso de tubo con cuchara dentro. –

Navete se echó a reír de buena gana con la retahíla de su amigo.

- ¡Escribe eso, Zorti y te harás de oro, me oyes! Las titis se te tirarán a los zapatos para hacer ensaladilla de queso...!
- ¡Déjalo, quieres! ¡Vamos, Grajan; te llevaremos a casa! – y en un tono grave añadió mirando al pequeño a los ojos – No le pasará nada. Navete ha dicho la verdad: aprenderá la lección. Ahora, vamos con tu madre... ¡Eh, no creerás que vamos a ir en tu motito de pescador dominguero de espigón! – reprendió a Navete cuando lo vio acercarse con su Puch minicross de prominente tobarro.
- Al chico no parece disgustarle – dijo Navete dándole puño a la moto – que suba él en el tanque y tú de paquete, Zorti.

De esta forma subieron ambos a la moto y tras un breve caballito, el motor rugió con sorprendente contundencia casi metálica mientras ascendía por la calle hacia los barrios altos de la ciudad. El bulto humano recostado sin conciencia bajo los arcos del muelle, se quedó pegado a la oscuridad como el sarro que era a los dientes de su propia inmundicia. Bajo los mundos fulgurantes de la Vía Láctea, Navete, Zorton y el muchacho recorrían pelo al viento el perímetro de la ciudad dejando atrás el murmullo bullicioso del populacho en los cocederos y freidurías de la ribera. Navete sacó de su chamarra de cuero un aparato de música de tamaño mediano y dejó que sonara la música acompañando su tranquila travesía nocturna: “*The cask of Amontillado*, de *The Alan Parsons Project*.”

Capítulo segundo: Grajan defiende a los supergamberrazos

Si algo tenía claro el oficial de policía Milka Guait era que había que corregir la mala conducta de los delincuentes con definitiva contundencia física. Instruido en el arte del boxeo en la ciudad de Kansas, mantenía con celo las saludables costumbres que como disciplinado amateur había aprendido de Espingo Crach, el mítico campeón mundial de peso ligero de quien se decía que era capaz de ponerle un ojo morado a una mosca en pleno vuelo. Tomaba Milka un desayuno fuerte a base de jugo de cebollas y ajo antes de embutirse un bronco jeans con que un insultante culo de nativo de Haití inducía a imaginar que podía hacerle rosca a un tornillo entre las nalgas. Era divertido y gozaba de una risa que más bien parecía el alarido de esa gente sin rostro cuyas grotescas carcajadas ilustran las películas ambientadas en el mundanal medioevo. Vestía con esa discreta opulencia de aire venal y sencilla elegancia con que los aristócratas quieren pasar por humildes. Después estaba la proverbial discreción de su bolsillo, retraído con natural simpatía ante compromisos indudables, con tal de adelantarse a lo que creía más importante en el encuentro: ser más astuto dejando que invitara el otro. Cuanto más dinero tuviera, menos excusas había para no ejecutar su implacable tacañería con la firmeza rigurosa de un soldado de Esparta.

Entró en la comisaría con meditada cautela sin restar un pavor azulado en sus ojos de tigre. No le recibió el agradable saludo matutino de una taza humeante de café negro de mano de un subordinado como suele ocurrir con el tipo duro que lleva un caso de homicidio en las películas buenas. En el mostrador de recepción, inclinando su paciente cabeza de perro de aguas, Pómez conversaba con una mujer de aspecto atractivo acompañada por un niño delgado que fijaba su vista en los zapatos rojos de tacón alto de la que

debía de ser su madre. El rostro de la señora tenía la belleza mojada de una playa tras el llanto. El inspector le ofreció un pañuelo, con que ella se sonó, dejando al descubierto una delgada nariz congestionada a la que acudió en seguida el rubor de la sangre, proporcionando al semblante angustiado un sexy toque de frescura. Los hombros de la señora se tendían firmes a una distancia exacta para conseguir un supremo y sencillo atractivo en su figura. Milka permaneció un poco apartado del inspector para que, sin estorbar su conversación con la mujer, Pómez notara su presencia.

- No se preocupe... - dijo el inspector uniendo las palmas a modo de rezo bajo la nariz –Tiene que tener paciencia... Ha hecho usted lo correcto, y su marido es un hombre afortunado... El programa de rehabilitación es una opción milagrosa para él, teniendo en cuenta que lo natural es que ingresara cuanto antes en prisión... Y tú, pequeño – acarició la cabeza del niño sacudiéndole con ternura el cabello – te has portado como todo un hombre. El pequeño bajó los ojos asumiendo con respeto el cumplido.
- ¿Es verdad que está persiguiendo a los hombres que castigaron a papá? – preguntó el niño con un expresión de esfuerzo como si mirara de frente la luz del sol. El inspector Pómez, tras indicar al agente Milka que se acercara hasta ellos, miró al niño con una sonriente densidad en el rostro. Mostraba una claridad facial que sugería pacientes cavilaciones deductivas.
- Si haces algo que no está bien y mamá se enfada, qué harás: ¿ir a casa de tu amigo y ayudar a fregar los platos a su mamá? –
- No; le pediría primero perdón a mamá... - contestó el chico con despierta rapidez.
- ¡Excelente! – premió el inspector. Milka sonreía tras el lívido hielo azulado de su mirada. – Pues lo mismo le pasa al señor que te levó a casa anoche en su moto...
- El supergamberro Navete – corrigió el niño con tono concluyente. Pómez cruzó una mirada de complicidad con Milka, al que de pronto se le dibujó una palpitante vena en la despejada frente.
- Está bien... El supergamberro Navete tiene que pedir disculpas por cosas que no hizo bien hace tiempo, comprendes?.
- ¿Le tiene que pedir disculpas a usted, inspector? – se animó el pequeño, al que se le iluminaba el rostro cuando hablaba de los supergamberrazos Navete y Zorton.
- No exactamente a mí; sino a la ley a la que yo y este señor – señaló a Milka, que acechaba como un halcón – representamos.
- ¿Quieren meterlo en la cárcel? – preguntó con un repentino nublado de angustia en las menudas cejas. ¿Es eso?. ¿Cómo pueden encarcelar a un héroe?.

- ¡Pero ese indeseable no es Spiderman, niño! – interrumpió el agente Milka con severa suavidad de tono. – Ni siquiera es un gamberro; es peor que una rata...
- ¡No! ¿Por qué habla así de él? – el chico alzó el puño para propinarle un puñetazo en el estómago al agente Milka. Éste atrapó el puño del pequeño y le dijo:
- Escucha, chico: no sé lo que ha pasado; pero te advierto una cosa: atacar a un agente de policía es una falta grave. ¿Es eso lo que admiras de tu superhéroe gamberrazo? – Le sujetaba el puño hasta que su madre al ver quejarse al pequeño, empujó al agente Milka que parecía contener una intensa rabia a juzgar por la firme rigidez que adquirió su cuerpo.
- ¡Suelte a mi hijo, degenerado psicópata! – estalló la madre con entereza y bravura.
- ¡Pero qué diablos le ocurre, Milka! – Pómez arrastró violentamente al impassible agente hasta la máquina de café donde golpeó la espalda formando un gran ruido. Un grupo de agentes en mangas de camisa intervino separando al contrariado y furioso inspector.
- ¡Déjadme!. ¡Soltadme, estúpidos! – Varios hombres se llevaron a Milka lejos para tranquilizar la situación. El inspector se arremetió con rapidez la camisa en el pantalón y recompuso su postura habitual dentro de su chaqueta parda. – Lo siento mucho, Rebeca; no sé... ¿cómo demonios ha ocurrido!. ¿Está bien, Grajan? – el chico estaba más sereno que nunca.
- Es a él a quien tienen que encerrar, y no a Navete, inspector – dijo el niño atendido por su madre que lo miraba con un interrogante pasmo.
- Sabe, inspector; durante mucho tiempo, años, mi hijo no se ha quejado de los maltratos de su padre... El muy cabrón le hacía la vida imposible a mis espaldas. No voy a dudar ni un momento de lo que siente mi hijo por esos hombres que ayer lo trajeron a casa. Gracias a ellos, para él comienza una nueva vida, inspector... ¿Se lo imagina? – La precisión descriptiva de las palabras de la mujer resaltaba la hermosura de su rostro herido y bondadoso.

Capítulo tercero: *contratando a Daglas*

Los diablos andaban sueltos por la cala cuando cayó la noche. Las dispersas retamas curvaban su inquietante espesor sombrío sobre el pelado camino pedregoso del solitario paseo marítimo. Un vehículo emitió una señal con los faros desde los aparcamientos situados en la acera, a la entrada del paseo. Otra luz, esta vez de una linterna, respondió con un rápido destello desde la cara interna de la muralla de origen musulmán. El

mar se retorció en la distancia como una pantera enfadada herida de muerte. Una figura humana descendió por el camino desde el aparcamiento. Otra fue a su encuentro desde el envés de la muralla.

- ¿Daglas?
- Sí – contestó una voz de trompeta dentro de un bidón de gasolina. Provenía de una figura de hombre de notable altura y extraordinaria corpulencia.
- Este es el sitio. – contestó otra voz de hombre con una seriedad tan suave que parecía líquida.
- Mucho viento de Levante – dijo el incómodo sonido de la voz del otro hombre, acompañado de un escape de aire de un poderoso eructo sofocado al parecer con la mano en la boca.
- Es propio de esta región... Bien; escucha: este es el plan. Llevarás al chico a esa casucha abandonada y esperarás mis instrucciones. Aquí, en este papel – se lo entregó – tienes la dirección y una fotografía del mocoso. Tiene que ser mañana.
- Apesta. – resopló de nuevo con un eructo contenido la otra voz. – Escucha, Milka: sabe a mierda. Haremos esto: yo estoy de pesca aquí y he venido con mi sobrino de ayudante. ¿Lo captas?
- ¡Déjate de mierdas, Daglas! – estalló el agente Milka encendiendo la linterna en dirección a la figura de enfrente cuyo rostro era calcado al de una corpulenta talla del apóstol San Pedro. Antes de responder tenía que calentar los motores de cien barcos de pesca. Pero Milka, que se desvivía por cumplir con máxima efectividad su propósito, no dejó que el poderoso semblante de Daglas fuera más allá de una pesada y casi amuermada expresión vehemente - ¡No digas ni hagas nada que no te haya ordenado! ¡Cumple y tendrás tu pasta; es todo!
- ¡Pues paga ahora la mitad, cacho maricona!. ¡Este es un trabajo que no me gusta, coño...! ¡Confiesa, joder: tú lo que quieres es quedarte con el puesto del inspector atrapando a Navete por tu cuenta...! ¡Eres mierda pura...! – la insultante reprimenda salía de los enorme orificios de una nariz mosaica con una insoportable fluidez de grajo. Hubo un rápido rumor de ropa sacudida que flotó por un instante en el aire como en un sorteo de guantadas. Milka no se inmutó.
- Aquí tienes la mitad. Lo tenía previsto – le acercó el sobre que el gigante apretó con rudeza.
- ¡Cómo le pase algo al niño, tu boca va parecer una sartén al fuego lanzando palomitas...! – Daglas pegó su rostro al del cauteloso agente Milka; de su boca entreabierta salía un cálido aliento de boquerones en vinagre.
- Todo saldrá bien – dijo el agente de policía sin retroceder.

- ¡Apesta! – dijo el gigante dando media vuelta despreocupado de que sus terribles pisadas resultaran despreciables en el silencio gomoso de la noche.

El inspector Pómez pensó que podría pasar por casa de Grajan para pedir disculpas por el comportamiento inapropiado del agente Milka esa mañana. Le llevó al pequeño un antiguo número de Spiderman y a su madre unas flores; y no le resultó difícil convencerse de que tales atenciones, además, eran necesarias para proseguir con la investigación del caso Navete.

Llamó a la puerta, dejó el ramo de flores sobre una mecedora y enrolló el tebeo con sus inquietas manos. Grajan abrió la puerta. Dejó de mascar chicle y abrió los ojos con vívida expresión de sorpresa cuando descubrió el ojo rasgado del hombre araña en el lateral del cómic enrollado.

- Hola, Grajan – dijo el inspector recuperando de golpe su respetuosa actitud profesional. De pronto, como el inspector era soltero, se sintió dentro de una especie de improvisado papel de padre. A continuación pensó en Navete, y le molestó comprobar que estaba contento con la tanda de tortas que le dio al padre de Grajan. También recordó lo extraño que le parecía que, a raíz de aquello, Zorton hubiera desaparecido. Tendiéndole el cómic de Spiderman a Grajan, se preguntó si no estaría con ello dándole la razón al pequeño sobre su absurda idea de que Navete y Zorton fueran de verdad unos superhéroes que se hacía llamar los Supergamberros. Estaba imaginado a Navete con capa y antifaz sobre su veloz minicross, cuando la serena belleza de Rebeca, la madre de Grajan, acaparó su atención por completo.
- ¡Inspector!. ¡Qué sorpresa! – dijo la mujer sonriendo con dulce mesura.
- Pensé que... - el hombre ocultó su timidez con un suave movimiento de su elevado y distinguido porte – le gustaría...

Rebeca puso fin a la vacilación del inspector adelantándose a la mecedora donde estaban las flores. Pómez no dijo nada; carraspeó y esperó a que la señora lo invitara a pasar al interior.

- Por favor; no se quede usted ahí... ¡Tiene usted buen gusto para las flores, inspector! Me encantan los tulipanes.

Grajan había ido a leer su cómic; estaba en el salón, tendido sobre la moqueta, con una expresión de luminoso júbilo.

- Venga a la cocina, inspector.
- Llámeme Pómez.
- Lo haré – dijo Rebeca tomando un jarrón de la mesa del comedor previo a la cocina. Se acercó a la pila dejando a la vista del inspector una simétrica espalda de aspecto firme y delicado. Vestía pantalón vaquero y una camisa ceñida de color miel estampada. – Su compañero es un cretino – cerró el grifo, puso las flores en el jarrón y las llevó al comedor. El inspector aguardó a que la mujer regresara.
- Es un niño que esconde algo más que malos modales... - dijo. Rebeca tomó una copa y vertió vino en ella; era de un rojo levemente opaco.
- ¿A qué se refiere?
- Quiere jubilarme. Lo cierto es que estoy algo mayor para el puesto... - bromeó.
- ¡Qué tontería! ¿Le gusta el cordero? – desvió con sincera y discreta coquetería.
- Me vuelve loco. – aclaró el inspector, apostándose todo.

Rebeca, tras una pausa, sacó una bandeja de cordero asado del horno y pasó frente al inspector en dirección al comedor.

- En el mueble blanco están los cubiertos, inspector. ¿Quiere hacer el favor...?
- Desde luego. – contestó, dejando su copa sobre la encimera, deseando en su corazón poder hacer lo mismo, dejar la copa allí y ayudar a poner la mesa, lo que le quedara de vida.
- Grajan, hijo: la cena está lista.
- ¡Qué pasada, inspector; es el número en que Spidy se enfrenta al hombre de arena!
- Lo sé – contestó el inspector sonriendo a la madre de Grajan, que llenaba los vasos con agua de una jarra de cristal amarillo. – A mí también me gustan los superhéroes... Y no nos vendrían mal como policías.
- Pero ya tienen a Navete, inspector – dijo el niño sin apartar la vista mientras tomaba una patata frita de un abundante fuente de cristal. Su madre le dedicó una tierna sonrisa con un dejo posterior de insuficiente inconformidad.
- Sí; es verdad. Navete reúne de sobra las características extraordinarias de un superhéroe – dijo el inspector adensando su mirada como atreviéndose a regresar a fantasías de su pasado infantil para sintonizar con Grajan – Pero recuerda: si rompes algo tienes que romper lo que se ha roto; no vale comprar algo nuevo... Eso es cuestión de dinero y lo hace cualquiera. Navete tiene que arreglar aquello que rompió; eso es

- lo que tendría más valor en su vida de superhéroe... Por lo demás, estoy de acuerdo contigo: es un tipo increíble; rápido, fuerte y muy astuto... Pero, para ser un héroe de verdad, con eso no es suficiente.
- Si Navete se hubiera entregado para arreglar su error, yo no habría podido conocerle y mi padre no se estaría curando ahora, inspector. – dijo el niño haciendo que su madre se sintiera orgullosa de su temprano y agudo discernimiento.
 - ¡Caray, muchacho!. ¡Creo que debería darte trabajo en la comisaría...! ¡Serías un magnífico inspector...! – dijo golpeando con cariño la barbilla del pequeño que esperaba todavía una respuesta – Es cierto. Grajan.- se sinceró el bonachón inspector con ambos – Y créeme que me alegro de todo corazón de no haberlo atrapado antes... - le removió el cabello al chico con afecto sin dejar de mirar, ahora con seriedad, a su madre. Nada pudo hacer Pómez para que un incómodo silencio no aludiera de forma directa a la delicada situación del padre de Grajan.
 - Traeré el helado – dijo la mujer desviando el asunto. - ¿Quieres ayudarme con los cuencos, jovencito? – le preguntó a Grajan.
 - ¡Helado, sí; qué chupi, mami! – gritó eufórico el niño.

Tomaron el postre. El inspector quería que el chico se sintiera más atendido de lo normal y exhibió toda su pericia detestivesca para sonsacar a Grajan sobre los variados problemas a que un niño de doce años como él tenía que enfrentarse cada día en la escuela. Rebeca se llevó las manos a la cara espantada en un par de ocasiones cuando su pequeño hizo alusión a cómo le hacían la vida imposible los matones en el recreo; pero el inspector, a su lado, cogiéndola de una mano, le hacía un gesto simpático para que no le diera demasiada importancia. Ella comprobó enseguida que Pómez era un hombre de gran experiencia como policía y tuvo una agradable sensación que no experimentó antes con su marido: se sentía protegida, y a su hijo también, con aquel hombre metódico de actitud cortés que ya no se veía por ningún lugar.

- Buenas noches, inspector – Obedeció el pequeño a su madre, que se disponía acompañarlo al dormitorio. – Gracias por el cómic –
- De nada, socio; que duermas bien...

Madre e hijo subieron las escaleras entretenidos en una distendida conversación sobre las apasionadas explicaciones que hacía Grajan sobre los sucesos ilustrados en el cómic que le había regalado el inspector. El inspector sonrió satisfecho y, de pronto, se sintió confuso, furioso, imaginando qué tipo de locura podía llevar a un hombre a maltratar a una criatura tan pura e inocente como era ese niño y a perder una mujer tan

hermosa y sensata como Rebeca. Su fastidio iba en aumento cuando, sin poderlo evitar, sentía deseos de agradecerle a Navete todo lo que había hecho por esa familia. Lo más probable era que el cretino del padre de Grajan ingresara en prisión. Pómez conocía muy bien a ese tipo de gusanos y estaba seguro de que, tras el informe psiquiátrico descartando la enfermedad, el marido de Rebeca ingresaría en prisión por unos cuantos años. Siempre había sido fiel a la imparcialidad que su profesión exigía ante la ley, pero ahora no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad que le salía al paso de formar una familia.

- Pero ¡qué hace usted, inspector! – dijo Rebeca cuando vio al inspector recogiendo los platos y llevándolos a la cocina.
- Me ayuda a pensar... - dijo sin parar de recoger.
- ¿Por qué no se casó? – preguntó la mujer con naturalidad mientras recogía la fuente de pan a su lado.
- ¿Cómo sabe eso? –
- Nadie es tan amable con una mujer si antes estuvo casado. Bueno, en realidad lo sé por algo más...
- ¿Qué cosa...?
- ¿Cómo le gusta el café, inspector... o prefiere una copa?. – Entonces Pómez supo que aquella mujer no podía decirle más con menos palabras y entendió que las cosas entre ellos irían saliendo por sí solas sin incómodas preguntas directas.
- ¿Qué tal un wiskey? – dijo Pómez vaciando un plato de desperdicio de cordero sobre el cubo de la basura.
- Vaya a sentarse al salón, inspector; yo iré en seguida con su wiskey...
- Por favor, llámame Pómez – dijo con aire formal y reverente un tanto desajustado a la situación el inspector, que se dirigió, además, con un singular paso solemne que a Rebeca le provocó un acceso involuntario de risa.
- ¿Qué? – dijo el inspector – sin asomo de fingimiento
- Eres muy gracioso, Pomi: además de beber wiskey, caminas como un vaquero. – Rebeca se había transformado en una especie de amiga con un gran sentido del humor.
- ¿Pomi?. ¡Un viejo amigo me llamaba así, en bachillerato! ¡Berenjenas, me gusta volver a oírlo!

La casa estaba en silencio; afuera, a través de la ventana, un viejo árbol inclinaba la cabeza sobre un jardín sumiso. Dentro, en el salón, temblaban en un resplandor dorado los objetos: la mesa del comedor, con las flores del inspector en el jarrón amarillo, estaba lisa como una rebanada de pan que espera alimentar más bocas sencillas en su torno cuanto antes.

- ¿Qué hizo ese hombre? – preguntó Rebeca rompiendo el blando silencio de la estancia.
- ¿Navete?
- Sí.
- La verdad es que no lo sé... Quiero decir que, a veces, no hace alta que un hombre haga algo malo para que lo persigan. A este lo queremos capturar por lo que es...

El inspector separó de golpe la espalda del sillón en que estaba sentado. Unió ambas manos en actitud de rezo y se fijó en los pequeños cuadros con fotografías de la familia colocados sobre la mesita. Tomó uno de ellos en que aparecía Grajan de la mano de su padre. Ambos parecían muy contentos.

- Con frecuencia las apariencias engañan, verdad – prosiguió Pómez. Rebeca asintió dando tiempo a que el inspector se desahogara. – Nos hace la vida imposible. – Sólo este año, Navete robó doscientos cincuenta sujetadores a mujeres en sus propios domicilios mientras estas tomaban una ducha, echaban de comer al gato o simplemente dormían; luego los remitió por correo a la jefatura de policía para provocarnos. Dicho así parece una gamberrada sin importancia, verdad. Pero las cosas casi siempre tienden a empeorar: violaron a tres de las chicas a las que nuestro supergamberro robó los sujetadores. ¿Y qué hace Navete?. Atrapa por su cuenta a los violadores; entra en sus peligrosas guaridas y los reduce a tandas de bofetadas cronometradas y nos llama por teléfono para que pasemos a recogerlos. Servicio a domicilio; nos convertimos en sus ayudantes; en una ocasión nos pidió que le llevásemos pizza – el inspector se rió de buena gana - ¿Te imaginas?. ¡Apártense; es el inspector Pómez, el repartidor de pizzas particular del gamberrazo Navete!. – El inspector, aunque sarcástico, parecía divertirse imitando de propia voz el sonido de la sirena. Rebeca tapaba su boca en suspenso con los ojos muy abiertos, como quien está a punto de reír.
- Por favor, continúa; ¡es tan divertido! – dijo.
- Sí; cómo no. ¡No se vayan todavía, aun hay más! – bromeó el hombre aceptando la inocente invitación de Rebeca de tomar el asunto por el lado bueno del humor. – En lo que va de año, ha bombardeado, con ciento ochenta y cinco huevos de paloma zurita, al barbero de enfrente de la catedral, desde el campanario de la iglesia. Al parecer, lo que pretende evitar nuestro gamberro con los huevazos es la insufrible tendencia del barbero a pasarse el día apostado a la puerta de su negocio sin hacer otra cosa que mirarle el culo a las tías buenas; derecho, por supuesto, al que no está dispuesto a renunciar el ofendido

barbero, cuyo número de denuncias, de imprimirse en papel, quitarían las telarañas al techo de mi despacho, y al del comisario mayor que está arriba...

- ¡Por favor; no pares! – dijo la mujer sin parar de reír.
- ¡Ya voy! – contestó el inspector disfrutando con las risas de Rebeca. – Al principio los chicos perseguían a Navete por el mar de tejados que alfombran la ciudad; pero viendo una y otro a vez su aptitud felina para el salto abandonaron el intento... Llegamos a la conclusión que de nada serviría recurrir a un helicóptero... -

Las lágrimas bañaban el rostro de la mujer. El inspector la miró entonces con ternura y le acarició el rostro como para secarle.

- No parece un mal chico, Pomi – dijo ella, mientras en su rostro parecía abrirse una ventana a una habitación íntima y peligrosa. El rostro grave del inspector se acercó lentamente. Los labios se unieron un instante, hasta que Rebeca, deslizando sus mejillas por el mentón del inspector, comenzó a sollozar mientras Pómez le besaba la frente y le acariciaba el cabello con ambas manos.
- Será mejor que se vaya, inspector. – dijo ella, retirándose y ocultando su rostro para sacudirse la húmeda vergüenza de la cara.
- Lo siento, Rebeca – dijo el inspector – Aunque no me arrepiento... -

Capítulo cuarto: *La nave convertidora*

Cerraba los ojos y veía en su imaginación aquel mar verde subiendo y bajando con sus andrajosos mástiles sacudidos por el viento; se colaba la guarida en un rincón donde no podía pasar, agolpada y machacada en la superficie de la tierra a un mismo tiempo. Tampoco Zorton quería colarse por el lavabo del tiempo, sino estarse allí, a medio punto, sintiendo cómo se desdibujaba la ficción de su vida en la chupada.

Estaban unidas las tres pequeñas casas por pasillos de cristal en forma de tubo formando un triángulo. El cielo estrujaba, como si fuera una ensalada, un matojo desmochado de aterrados eucaliptos ocultando a las casitas del mundo.

- En realidad, es una nave espacial – dijo Navete, sentado con las piernas cruzadas formando un perfecto pliegue. Su pelo parecía haber salido de una siniestra peluquería de payasos dementes.
- Tienes una nave espacial ¿y te desplazas en una minicross escarcada y sin casco? – preguntó Zorton admirado por el movimiento exterior de

las alucinadas ramas de los eucaliptos. - ¿Qué les ocurre? – dijo aludiendo a dicho movimiento arbóreo.

- Son las pilas de la nave – contestó añadiendo un toque de demencia genial en su mirada de ojos verde laguna.
- ¡No me jodas! ¡Y tú eres extra-terrestre, verdad! Más bien esto parece un vivero o invernadero experimental – prosiguió

Navete dio un salto de gato y adoptó una posición empalagosa sobre la mesa, que era de grueso cristal y cubría, a modo de estantería, la pared curvada color níquel de la habitación ovalada. Las estatuas de dos mujeres desnudas tamaño natural ocupaban el centro de la espaciosa estancia unidas por la cintura por un chorro de agua horizontal. De la parte superior, allí donde acababa la pared de apariencia metálica, un coro de figuras grotescas derramaba agua en forma de gelatina de sus bocas; la gelatina transparente descendía por la pared hasta el suelo, cubierto de una especie de suave césped amarillo, desde el cual, trazando una temblorosa línea recta, convergían en las cinturas de las dos estatuas de las rollizas mujeres.

- ¡Miau! – emitió Navete estirando los brazos y destacando el culo respingón embutido en pantalón de cuero. – Zorti, ¿de verdad quieres saberlo?
- No lo sé. – fue a sentarse en un asiento dorado con forma de mano que pendía de la pared. La mano, con el peso de Zorton, balanceó suavemente su cuerpo. – Pon algún motivo, el poeta no mostró sorpresa. – Creo que sería peor saberlo – decidió sonriendo como desde un pozo de sol anémico.
- No soy Dios, Zorti. Pero escucha: quiero que escribas sobre lo que veas y, sobre todo, sobre lo que sientes... ¡Miau! – Empezó a desplazarse a cuatro patas a lo largo de la mesa con una insoportable pose empalagosa.
- Quieres que sea algo así como tu biógrafo... ¿no es eso? –
- No soy tan jactancioso. Por otra parte, eres muy sabio no queriendo saber... - de un salto se encaramó a la espalda de una de las estatuas y le acarició los redondos pechos.
- ¡Basta ya! – se enfureció. Aunque comprendía que cada vez que se enfadaba estaba más lejos de conocer los misterios de la extraña personalidad de su amigo. - ¡Cómo diablos saltas como un gato, joder! ¡Esta habitación es jodidamente extraordinaria!. ¡Sería estúpido no querer saber cómo has conseguido construir o comprar esto!
- Más difícil es construir y mantener una amistad, no crees?. Además, a mí no me gusta comprar nada. El dinero es lo que usamos cuando no conocemos cómo se usa el mundo. Mira – de un saliente con forma de garra que sobresalía en la pared, sin bajarse de la estatua, sacó un

delgado cajón que parecía interminable – Es un cajón enrollable, Zorti. – luego lo exprimió y se formó una viscosa gota de agua de gelatina como la que caía del techo – es un cajón exprimible – ayudándose con la otra mano ejerció un tirón seco a la parte del cajón pegada a la pared, con lo cual quedó asido a la estatua, que parecía de mármol, con las piernas enlazadas a su cintura. La extensión del cajón quedó reducida al tamaño de una balleta de un sucio transparente. Tomó el cajón balleta y con la gota de agua gelatinosa comenzó a untar, a limpiar y secar el torso de la estatua, sin abandonar su previa posición simiesca. - ¡y es cajón un balleta que lava, limpia y seca!

- ¡Dame eso, perturbado del demonio! – estalló Zorton sin poder contener una carcajada jubilosa. Navete se lo entregó. Zorton hizo ademán de enviar el cajón balleta a la pared y este salió despedido de sus manos y se pegó de golpe, dejando el tirador con forma de garra fuera, en la superficie metálica. - ¡Increíble! - expresó
- ¡Justo! – contestó Navete saltando y poniéndose de pie con flexible elegancia. Fue hasta Zorton y le dio dos simpáticos cachetes algo sonoros y puso cara de pistolero viejo mascando tabaco con un balazo en el abdomen. - ¿Sabes aquella historia del africano sobre el mar, Dios, el niño y el vasito? –
- San Agustín. – dijo Zorton, abatido por la aplastante incomprensión.
- ¡Ea! ¡No sabría cómo empezar, amigo! ¡Déjate llevar, quieres...! Yo mismo obro sin entender y, sin entender, obro. Hay veces que la palabra, el pensamiento y la obra se encuentran en el camino y puedes hacer las mismas cosas a la vez: pensar, hablar, actuar... ¿Milagro?. Cuando te ocurre, no lo consideras así. Sigues viviendo, más dentro, incluso, que nunca de lo más lóbrego y desesperanzado de tu vida: la vida de los otros, el destino del hombre... Como si tú y ellos me dolierais lo mismo que me duele un pie si me lo pisas. Cuanto mayor es la infelicidad de todos más deseos tengo de ser un gamberro... ¿Y sabes una cosa, Zorti? Tú eres mi gamberro preferido.
- ¿Quién coño eres...? – se desordenaba lo cabellos como rebuscando en ellos la respuesta. - ¿Dónde están Teresa y Lira, Navete?
- Delante de ti. – contestó con dulce gratitud en la mirada su burlón amigo.

Zorton entendió que se refería a las estatuas. Se acercó a ella mirando con detenimiento sus rasgos faciales. Cuál no sería su sorpresa cuando descubrió que una de ellas era Teresa y la otra su amor, Lira; al mirarlas, sintió que ellas le miraban y mirándose unos a otros – Navete se aproximó a hacer lo mismo – las estatuas empezaron a cobrar vida al tiempo que parecía derretirse la superficie marmórea que las envolvía al contacto con la gelatina acuosa. Zorton hizo memoria para confirmar aliviado que no

había sido a Lira a quien Navete había untado, limpiado y secado con el cajón-balleta sino a Teresa cuya sonrisa, unida a la de Lira era de un luminoso resplandor de inocente pureza y alegría.

- Pero ¿es que estamos en el cielo? – prorrumpió Zorton en un grito de alarmante alborozo.

Pero cuando parecía que en el rostro de Lira comenzaba a insinuarse un indudable destello de existencia como queriendo romper a hablar, ambas figuras empezaron a enturbiarse bajo la corriente gelatinosa recuperando, para el asombro de Zorton, su primitiva consistencia marmórea.

- ¿Qué está pasando, Navete?. ¡Si es un truco, se pasa de desagradable...! – gritó Zorton mostrando una inédita furia desesperada.
- Sólo es una consecuencia de lo que deseas. El líquido gelatinoso y cristalino – señaló el gamberrazo la procedencia del lento torrente viscoso en el techo de la habitación ovalada y prosiguió en seguida para que Zorton no le interrumpiera – te ofrece lo que desea de verdad tu corazón. Querías ver a Lira con todo tu corazón y el líquido te la ha mostrado de la forma más próxima a la que hubieras imaginado; en las estatuas.
- Pero ¡esto suprime toda nobleza a mi esfuerzo, a mi propia voluntad! ¡Es algo satánico! – observó Zorton confirmando la dureza característica de las estatuas, que ahora no guardaban parecido alguno con las personas de Lira y Teresa.
- Lo sería si te obligara a aceptarlo. – respondió Navete introduciendo el dedo índice en la corriente horizontal que unía las cinturas de las mórbidas estatuas de mujer. – El líquido penetra en tu corazón y busca la verdad que hay en él; si lo que deseas ser es verdadero y noble, el líquido te ofrecerá la oportunidad de tomarlo, incluso antes de haberlo pedido.
- ¡Deseo un batido de fresa, Líquido!. – ordenó con irritado sarcasmo el taciturno poeta. - ¡Vaya; no debe de gustarle el helado a Mefisto: porque supongo que esta asquerosa sustancia resbaladiza y viscosa no es otra cosa que mocos del jodido diablo, no Navete...! – dedujo Zorton con un brillo en el rostro de disparatado ingenio.
- Ni helados, ni diablos, ni más temores que los tuyos, Zorti. ¡Por qué cojones crees que te he traído aquí...! – se enfadó el gamberrazo, aunque con un imperturbable rostro de paciente preocupación. - ¡Quieres saber lo que me pasó, verdad! ¡O quizá no quieres saberlo...! Soy lo que soy, amigo mío. ¿Ves esto? – hizo un ademán con su brazos en alusión a la estancia bajo los árboles que los contenía. - Estaba aquí

cuando yo llegué. ¡Quién sabe cuanto tiempo lleva aquí! ¿Me estaba esperando?. ¡Que sé yo...! Dudé mucho; traté de huir... Pero me di cuenta de que lo estaba haciendo de mí mismo; así que regresé y dejé que el líquido me convirtiera en lo que yo siempre he querido ser... Ahora, a través de mí, estás tú aquí, enfrentándote a la misma situación, y mira lo que quiere tu corazón de ti – tomó la mano de Zorton y la introdujo en el flujo horizontal.

- ¿Qué secreto guarda esta fuente...? – dijo el poeta mostrando un súbito desahogo y serenidad por todo su ser. – ¡Sí, Señor; cómo me he apartado tanto de mi camino! ¡He preferido estar muerto cada día antes de ser yo mismo! ¡Mi corazón! ¡Mi corazón me ha delatado! ¡Quiero ser un supergamberro, Navete!
- ¡Bienvenido, amigo mío!. – respondió emocionado el sumo gamberrazo abrazando a Zorton. ¡Juntos, por fin, los supergamberros Navete y Zorton!. ¡Devolvamos al mundo la figura indispensable del gamberro restaurando las deliciosas tandas de macocos a lo que tratan de usurparnos este derecho que nos concedió el cielo...!
- ¡Sí! ¡Vamos! – respondió Zorton atrapando al vuelo el pantalón de cuero negro que le había arrojado su emocionado amigo gamberrazo. Comprobó Zorton con hilarante satisfacción que sus movimientos adquirieron de pronto la velocidad de las películas antiguas del cine mudo. Así que se embutió sus pantalones en un pestañeo, dejando al aire un par de piernas ceñidas que le daban un aire aterido de mirlo. Sonaba en la habitación al compás de los desgarrados eucaliptos *The Tell-Tale Heart*, de los Project, basado en el célebre cuento del maestro Poe.

Capítulo quinto: *El rapto de Grajan*

Esta era la segunda ocasión en que el inspector Pómez tenía el inmenso placer de visitar a don Plastencio en su propio domicilio; dicha condición geográfica la había sugerido educadamente el catedrático para preservar su intimidad mientras ofrecía su colaboración desinteresada en el caso Navete. Y mucho más ahora, desde luego, por la extraordinaria difusión que en los medios de comunicación había tenido la oportunísima intervención del gamberro Navete y su compañero Zorton en defensa del pequeño llamado Grajan. El pequeño no dudó en contactar con una cadena de televisión para difundir con incontenible entusiasmo el suceso. La experiencia de Grajan provocó un revuelo sin precedente en la población juvenil, que se apropió de la historia dándole su propia interpretación, magnificando así la figura de los héroes bautizándolos – porque así indicó Grajan que los héroes querían que los conociese la gente – como los supergamberros Navete y Zorton. Dicho entusiasmo contagió también a los

mayores y se convirtió en objetivo de oportunistas y charlatanes que querían hacer su agosto a costa de los Supergamberros. En todo el país no se hablaba de otra cosa más que de los Supergamberros y sus distendidas tandas de galletas cronometradas administradas a los malos.

Fue a abrir la puerta la señora encargada del servicio, que condujo al inspector hasta el salón, donde Marcia, la mujer del distinguido prócer, dedicaba su tiempo a la lectura. El inspector vio a don Plastancio, a través de las puertas acristaladas del salón, colocando un macetero de margaritas en el magnífico y espacioso jardín.

- ¡Inspector! ¡Qué bueno verle por aquí...! – dijo la mujer, que ya se había puesto de pie y avanzaba con una languidez exquisita a ofrecer su mano al ceremonioso inspector. –
- ¿Qué lee usted, Marcia? –
- Madame Bovary, inspector... - dijo, para negar luego graciosamente con la cabeza en un gesto de inequívoca presunción protocolaria. - ¡Pobre chica: qué triste final en pago de la irresponsable ingenuidad de su fantasía! ¿Lo ha leído? –
- No – contestó el inspector – ¿Debería hacerlo?
- Lea otro, inspector. Aquí no salen ustedes los hombres muy bien parados. Pero ¿qué me cuenta usted del caso...? ¿Algún avance?. – la señora se acercó a la puerta acristalada, y, sin esperar respuesta a la pregunta formulada al inspector, llamó con educada voz modulada al catedrático, que ahora estaba regando con una gruesa manguera una profusa extensión floral policromada de su simétrico y cuidado jardín. Don Plastancio hizo un gesto venturoso, como desde un cruceiro a punto de partir, de que acudiría.
- Me temo que no mucho. –dijo tras la importuna espera el inspector
- Plastancio ha estado trabajando hasta tarde estas últimas noches. Me recuerda al caso de los robos de joyas de la marquesa Darina, que felizmente resolvió, sobre todo para la marquesa, mi marido. También entonces estuvo un par de noches trabajando hasta muy tarde. A la mañana siguiente del segundo día, mientras le servía el café, cayó en la cuenta de que el ladrón no podía ser otro que el propio marido de la marquesa. El muy sinvergüenza quería fugarse con una cabaretera a París a costa de su pobre mujer...
- ¡Buenos días, inspector! – dijo don Plastancio tendiéndole la mano con sincera jovialidad al inspector – Debo decirle, inspector, - agregó con tono optimista en seguida que la idea que hasta el momento tenía sobre nuestro insolente e impresentable gamberrazo Navete, ha cambiado mucho en su provecho...

- Espero que hable usted de mi provecho, señor... - bromeó el inspector.
- En modo alguno; en el de él Pómez; en el de Navete – Invitó al inspector a sentarse en uno de los sillones del salón tapizados de rojo con respaldo alto. Marcia, la mujer del catedrático, se sumó a la invitación. – Le explico: – prosiguió Don Plastencio – Este tipo es muy molesto, bien; y puede llegar a ser un problema. En efecto, no parece del todo inconsistente la idea, que en un principio a mí me pareció absurda y delirante, de esa revolución gamberril que persigue recuperar la figura del gamberro clásico en la calle... -
- ¡Cómo que no! – interrumpió doña Marcia con ceñuda y vehemente expresión de justicia. – Es un dislate propio de un perturbado...
- Un momento, mujer. - pidió calma don Plastencio. La asistenta trajo una bandeja con café, unas galletas y pastas. El catedrático bebió un vaso de agua antes de proseguir. El inspector Pómez pidió café solo, que le sirvió doña Marcia, y aguardaba en silencio lo que tenía que decir don Plastencio.
- ¡Un gamberro es un gamberro aquí y en China...! – se adelantó doña Marcia exhibiendo un disgusto muy digno.
- Pero este gamberro ha intervenido en la salvación de un niño de ocho años al que estaba maltratando su padre. – repuso con un tono de dulce conclusión clerical, añadiendo - Y aunque tú, querida, estás en tu derecho de opinar que Navete es culpable por el hecho de ser un gamberro no puedes, sin embargo, evitar que la circunstancia de la salvación del niño actúa como un atenuante a su favor...
- Ayudaría a ese niño porque le pillaría de paso. – contestó la mujer con desdeñosa falta de importancia - Además, Plastencio, que una golondrina, no hace verano... y este gamberro no se dedica a proteger niños y amparar ancianas, sino a traer de calle a la autoridad con sus molestas, y muy preocupantes para la sociedad, gamberradas– miró al inspector y sacudió la cabeza como quien se acaba de apuntar un punto.
- Estoy de acuerdo con usted, señora – dijo el inspector – Como agente de la ley, debo ceñirme a los hechos y estos, por el momento, son indudablemente concluyentes en cuanto a la mala conducta de Navete. Pero sea porque me sorprende el giro en la consideración del caso que muestra don Plastencio, quiero indicar, no obstante, que si estoy aquí, mejorando lo presente, es para nutrirme con cada una de sus valiosas observaciones.

Sonó de pronto el teléfono del inspector.

- Sí. Aquí Pómez. ¿Eres tú, Rebeca? ¿Cómo? ¡No puede ser! ¡Voy para allá! – el inspector se puso de pie provocando un enorme sobresalto en sus enzarzados contertulios.

- ¿Qué ocurre, inspector? – preguntó el catedrático apretando los ojos con dureza poco habitual en su rostro bonancible.
- Se trata de Grajan. Su madre dice que no ha vuelto a casa después de la escuela...
- Puede ser que nuestro admirado supergamberro haya decidido secuestrarlo como hizo con su colaborador, inspector. – dijo doña Marcia con urgente deseo de convencer a los dos hombres.
- ¡No desperdicies tu ingenio, querida! – protestó el catedrático dando prueba de poder soportar con dignidad los ataques que su esposa le dirigía sin contemplación.
- ¡Pierde cuidado, hijo: sólo pongo ingenio donde veo que falta! – Como ante todo se consideraban unos buenos padres, doña Marcia y don Plastencio se enfurecieron aún más el uno con el otro por la preocupación de la noticia. Sin perder tiempo, el inspector se despidió de ellos y se dirigió a casa de Grajan, donde le esperaba, desesperada y angustiada por su repentina desaparición, su madre, Rebeca.

Capítulo sexto: la nave convertidota se despide

El agua gelatinosa descendía por el tronco de los eucaliptos hasta la nave triangular y se formaba por el choque, - único en aquel punto geográfico concreto -, de violentas corrientes de aire. Dichas corrientes sacudían de forma casi ininterrumpida las andrajosas copas de los eucaliptos hasta el punto de provocarles una especie de resfriado, a juzgar por el chorreante moco transparente que, como consecuencia del furor eólico, destilaban sus cortezas, el cual iba a meterse por las rendijas de la extraña nave en cuyo interior, al entrar en contacto directo con ella, adquiriría la gelatina acuosa su capacidad de convertir – como se ha contado - los deseos de un corazón puro en realidad.

Era aquel moco, pues, el responsable de la nueva identidad de Zorton como supergamberro, como lo fue también de Navete, cinco años atrás cuando, contemplando el vuelo coronado del alimoche común (era muy aficionado Navete a observar aves) por aquellas remotas sierras se topó con la nave (¿o fue más bien al contrario, que ella lo encontró a él para cumplir su destino de convertirlo en supergamberro?). Desde entonces, Navete guardó con celo el secreto hasta que un día sintió la necesidad interior de comunicárselo al que siempre había sido su mejor amigo, el poeta frustrado Zorton. La nave, - o el misterioso mecanismo profético de la nave -, había demostrado estar de acuerdo con dicha necesidad convirtiendo también a Zorton en supergamberro. De esta forma, la presencia de aquella nave en aquel lugar, - comenzaron a preguntarse ambos superhéroes – podría haber

llegado a su fin, una vez conseguido su objetivo de proporcionar al mundo un remedio contra la mediocridad artística y el crimen organizado en las personas de Navete y Zorton en su nueva identidad de Supergamberros.

Tras esta aburrida explicación teórica, hundimos en seguida el corazón en la magnífica historia de nuestros héroes, sin temor a narrar las increíbles capacidades que como supergamberros podían realizar. Pasaron horas los amigos saltando entre copa y copa de los árboles al compás del iracundo viento, maravillándose Zorton de la aguda penetración visual de sus ojos, capaces de ver las pupilas de una mariquita a cien metros de distancia o de la velocidad con que podía correr, pareja a la de un gatillo percutor huyendo de un cañón de perros.

Tras horas de deleite brincando, luchando, corriendo y abrazándose, en fin, con la feraz naturaleza que los envolvía, sonó el teléfono de Navete.

- Navete. – respondió, recostado en una corpulenta rama de eucalipto desde la que ambos contemplaban el espectacular ocaso selvático. Guardó silencio y su rostro se estiró como el de un mustélido que presiente el inminente ataque de una rapaz nocturna.
- ¿Qué ocurre, Navete? – preguntó Zorton, que no desaprovechaba ocasión para realizar algún salto prodigioso. Sus ojos tenían un infernal brillo burlón muy parecido al que mostraba la mirada de Navete, y su rostro, además, parecía más afilado, como acabado en un chasquido de dedos.
- Era Teresa: dice que ha visto en las noticias que están buscando a Grajan, que ha desaparecido. (Ya antes, mientras ejercitaba sus extraordinaria capacidad física con Navete, Zorton le había preguntado por el paradero de Lira. Navete lo tranquilizó en seguida indicándole que ambas mujeres se encontraban en un lugar seguro, que se reunirían en breve con ellas, y le previno acerca de mantener en secreto su nueva identidad y la existencia de aquel paraje y la nave triangular convertidora. Zorton le respondió que no se preocupara, que mantendría el secreto.
- ¡Vaya por Dios!. Si ha salido en las noticias... - dijo Zorton, recuperando un lejano resplandor de su habitual ánimo abatido. Comprobó que seguía siendo él mismo, pese a la aportación de los superpoderes otorgados por la nave.
- ... es que es grave – completó Navete irguiéndose frente a la mitad rojiza del sol crepuscular, perfilando una intolerable pose de junco desafiante. – Mira por dónde vas a empezar a trabajar pronto como supergamberro, Zorti – dijo, estático, ladeando la cabeza al tiempo que las fosas nasales se le inflaban como el toldo de una caseta de feria. –

Sacó algo del bolsillo delantero de su pantalón ceñido de cuero negro y lo miró con serena gravedad.

- ¿Qué es, Navete?
- Es de Grajan. – contestó arrojándole un pequeño muñeco de spiderman. Zorton lo tomó tan rápido que sonó a jirón y desgarró el vuelo de su camisa. Al punto sintió algo en su interior que lo hizo perder el equilibrio cayendo desde su elevada posición sobre el techo de la nave golpeándose con extrema dureza. Navete se estiró en un “miau” que se dilató como una chirriante alarma en la silenciosa selva.
- ¿Qué tienes, amigo? – sostuvo su cabeza y puso algo de líquido gelatinoso en su frente con su dedo empapado. Zorton volvió en sí; parecía muy débil y conservaba –sólo que con mayor crudeza – su inseparable semblante de tristeza y amargura.
- Sé donde está – musitó – Puedo verlo. Está en la cala de la playa mora. Un tipo alto con barba le está dando de comer... ¡No lo trata mal, Navete! – se alegró Zorton.
- ¡Vaya!. ¡Por qué no me a mí también ese poder el líquido, Zorti! – bromeó el gamberrazo, ayudando a que su amigo se sentara. Los árboles escupían ademanes de aciago presagio. El viento aplastaba con sus manos invisibles los desgarrados andrajos de las copas. Una voz fatal de tempestad crecía sobre de un mar de tinieblas, rayos y bruscos ramalazos de lluvia. – Debes recuperarte. Dentro estarás a salvo – gritó.
- ¡No!. ¡Llévame contigo!. ¡Esto se acaba! ¡La nave...! – En efecto la nave comenzó a moverse. Una potente luz de color azul brotó del interior cegando a los supergamberros, que cayeron del techo al suelo cuando la nave se separó de él para ascender en dirección al tempestuoso remolino tartárico. Navete trató de acercarse de un salto a la nave pero ésta lo rechazó como si tuviera un escudo protector invisible. Poco a poco fue tomando altura hasta desaparecer de golpe de la vista de Navete y Zorton. Lo mismo le ocurrió a la tormenta, al viento, y al movimiento aterrador de los andrajosos eucaliptos: que desaparecieron dejando paso a una noche estrellada marcada por la calma señera de Saturno al oeste. Navete, como otras veces, sacó del interior de su chupa de cuero el aparato de música y dejó sonar a toda pastilla *Doctor Tarr and professor Fether*, de los Project.

Capítulo séptimo: *En la Playa del Moro*

El agente especial Milka había tramado que el rústico pescador barbado llamado Daglas secuestrara al pequeño Grajan, admirador de los

afamados supergamberros Navete y Zorton, para desacreditar ante el mundo al inspector Pómez, para sacarlo así del caso y, sobre todo, para relevar al viejo sabueso de aire clerical en su oficio de inspector en la ciudad. Por ahora todo estaba saliendo a pedir de boca: los medios estaban pendientes de la sorprendente desaparición del niño y se barajaba como antecedente importante la vinculación del pequeño Grajan con los supergamberros. Las voces insidiosas de los envidiosos, que nunca faltan en la vida, sugerían que Navete y Zorton podrían ser los responsables de la desaparición del crío. Con la facilidad con que se da la vuelta a un calcetín, el mundo empezó a dar crédito a todo tipo de acusaciones sobre los supergamberros. En especial desde un programa televisivo presentado por un individuo de modales fríos llamado Manteco. El éxito de Manteco era real: conectaba con la parte mala – dicho en su literal y absoluta significación perversa – de la población, por lo que sus cuotas de audiencia crecían más que la espuma cuando se sirve desde un barril de cerveza acabado de poner.

- Pero ¿con qué clase de superhéroes contaba la hasta hace poco abrumadora legión de fanáticos admiradores con que contaban? – hilaba con calmoso regusto Manteco, al que la envidia por la popularidad merecida de Navete y Zorton, epataba en insuperables cimas de mezquindad con su ambición de poder sin límite. Don tirante, el padre de Zorton, hizo una llamada al programa indicando a Mantecón con su habitual gravedad de ganster, sin esfuerzo:
- Te voy a pisar el pescuezo en cuanto te vea, Mantecón. Ya oigo cómo te tiemblan las cachas del culito imaginando tu merecida agonía. ¿Quieres pasta?. ¡Yo te daré pastita blanca con tus propios dientes cuando te deje a mascazos sin ninguno, si no dejas de meter las narices y hacer daño a la gente honrada...! Ya te he avisado, babieca.

Tanto era el egoísmo de Mantecón y tanto su puje por cubrirse de gloria, - aunque a base de mierda por su soberbia despiadada – que no podía parar de emitir su bazofia televisiva a pesar de las corrientes heladas de miedo que las anónimas amenazas – Mantecón no sabía que se trataba del padre del supergamberro - le habían provocado. Enojado y tembloroso, buscó ayuda en un tipo llamado Seston, psiquiatra, que gozaba de una apreciable popularidad en un programa especial de análisis de perfiles asesinos que se emitía en la franja para perturbados mucho más allá de la media noche.

- Estamos en un caso claro de alucinación paranoide compartida... - dijo Seston, que a pesar del desenfadado acierto de su indumentaria, parecía comprimido en una morbosa lejanía melancólica dentro de su americana tono trigo. Al hablar parecía que, a modo de disgusto,

aspiraba las palabras como hacen los niños mentirosos cuando aprenden a echarle la culpa a otros. Era como una aspiradora de emociones que escondía una función secreta: podía proyectar toneladas de odio extraído de la más ponzoñosa y concentrada refinería.

- ¿Y qué me dice usted de la amenaza que he recibido hoy aquí, a micrófono abierto, profesor Seston?. – preguntó Manteco, sin darse cuenta que su petición no guardaba relación con el motivo de la presencia en el programa del psiquiatra, sino porque se le escapaba el miedo por los ojos.
- Nada. Lo mejor es denunciar – dijo el psiquiatra con un solemne desinterés descarnado a cuyo lado un bostezo sería el mismo paraíso.
- Y eso hacemos, profesor; eso hacemos desde nuestro puesto de *Centinelas en la noche*, (que así se llamaba el programa que presentaba Manteco) – dijo, extrañándose de sentirse menos que apaleado por el psiquiatra, cuando ese era el único modo en que trataba él a todo el mundo.
- Con esta gente – aclaró un poco más adelante el profesor Seston a un oyente – hay que ir a saco. Se sabe que las pamplinas de superpoderes y muñecas – que en el fondo son lo mismo – ocultan siempre oscuros deseos de delinquir. Lo mejor es una medicación potente aneja al problema, que es casi siempre insoluble desde el plano solidario. – Aspiraba y aspiraba el profesor sin cesar en su límite de culpas aun sin derrotar, con unos ojos, sin embargo, que invitaban al empalago demencial de una balada romántica. Su intervención se podía resumir, entre líneas con cuatro palabras: “pero yo no tengo culpa”.

Don Plastencio hablaba por teléfono con el inspector Pómez (estaba en casa de Grajan con su madre, apoyándola en su desesperación y angustia) sobre la ausencia de novedades en la repentina desaparición de Grajan, mientras sufría lo indecible oyendo los análisis despiadados y hueros del profesor Seston en el programa *Centinelas en la noche*. Sentía tantos deseos de colgar para llamar al programa, que el inspector imaginó que el catedrático se puso de pronto orgánicamente indispuerto.

- Atención – exclamó con brillo de monedas en los ojos Manteco, cuando le informaron que era el afamado catedrático de humanidades Don Plastencio el que llamaba. – Tenemos una llamada de un numen incuestionable de nuestra cultura. Este señor, que paso a presentarles, ha colaborado con la policía en la solución de casos delictivos tan complejos como el de la marquesa... Para nosotros, el placer es inmenso... ¡Buenas noches! ¡Con ustedes Don Plastencio, el catedrático!

Los ojos de Seston parecieron soportar de pronto una sutil indisposición. Reventaba de tensión controlada. Su rostro, empero, era el de una línea de monitor de hospital sin pulso. Miró a Manteco, prolongando hasta sus ojos la tensión e incomodidad repentinas, como un vector invisible que se podía palpar en el ambiente del estudio. Si se hubiera tirado al suelo para esconderse, no se habría descompuesto tampoco su indestructible cara de muñeco disgustado.

- Buenas noches. Gracias por recibirme. No voy a andarme por las ramas. Por el tono de mi voz, los señores telespectadores habrán supuesto con acierto que el motivo de mi llamada es manifestar la vergüenza e indignación, que seguramente estén padeciendo ellos mismo en sus hogares, por la torpe, incauta, y malintencionada recolecta de audiencia que está llevando a cabo este señor tan prescindible llamado Manteco a costa de despotricar en arameo de los supergamberros Navete y Zorton. Quiero decir desde aquí en mi nombre que, como hecho aislado, el auxilio prestado por los supergamberros a Grajan la otra noche y el castigo propinado, - yo diría que cordialmente -, a su despreciable progenitor constituyen un ejemplo indudable de nobleza, como manifestó con sincera admiración el mismo Grajan del que se ha hecho eco el juez supremo en la tierra, dos puntos: la sociedad entera...

Estaba en mitad de su demoledora arenga cuando Manteco ordenó que cortaran la emisión por el momento. Seston se despidió en seguida de Manteco facilitándole el número de su cuenta corriente para que le realizase cuanto antes la remuneración por su arriesgado esfuerzo profesional.

Don Plastencio, por su parte, recibió un tierno beso de su esposa en los labios por su enconada bravura en directo riguroso. Aseguró que llevaba razón con que había que darle una oportunidad a los Supergamberros. Don Plastencio se quejó, en tal sentido, contestándole que escribiría un artículo esa misma noche para que apareciera en el periódico de la mañana, ya que no le habían permitido defenderlos de forma efectiva ante la audiencia por el injusto corte de emisión.

- Vamos a la cama, Plastencio – dijo Marcia, agotada por la emoción de los acontecimientos.
- Ahora voy, querida. – contestó el catedrático, que dijo para sí: - tengo la impresión de que esta noche va a ser movidita... Por primera, mientras se dirigía a su despacho, pensó sin proponérselo en cómo

daría forma a un idearium para la recuperación del gamberro tradicional como figura indispensable en la historia de la cultura occidental. Con estos brumosos pensamientos flotando en la atmósfera de silenciosa reflexión de su despacho, tomó un folio en blanco y escribió “*Idearium para Gamberros*”, por el catedrático emérito de Humanidades don Plastencio.

Capítulo octavo: *El fin de Milka*

El agente especial Milka, que había concertado con Daglas la forma en que éste desaparecería para simular que había conseguido huir del embustero policía, se presentó bien entrada la madrugada en la playa del Moro. Tomó consigo a un policía novato llamado Esparki convenciéndole en su día de descanso de que tenía una intuición sobre el posible secuestro del joven Grajan. Le explicó al muchacho, que había tomado más de tres cervezas en el bar donde Milka lo localizó, que no se atrevía a participar su intuición al inspector Pómez por no volver a meter la pata otra vez con la madre del niño como le ocurrió – destacó que se sentía por ello arrepentido - la otra vez en comisaría. Además le aseguró que ni él mismo confiaba en que dicha intuición mereciera tenerse en cuenta porque no tenía más base que consideraba la playa del Moro como un lugar muy a propósito para secuestrar y mantener oculto a alguien. De esta forma, consiguió convencer – decíamos – al joven y ambos se dirigieron a la playa del Moro a poner en ejecución el plan de Milka contando con la presencia de un testigo bastante manejable para salir airoso de posibles sospechas.

Para entonces ya habían llegado Navete y Zorton al lugar cabalgando por delirantes montañas gusaneras con la minicroos trucada en cuyo carburador había puesto Navete un poco del moco convertidor de la nave que había guardado en un frasco durante el tormentoso vendaval por lo que podría pasar. ´

Zorton, que se había recuperado sorprendentemente del cansancio, se apeó de un salto de la minicroos y se hundió con la velocidad de un mirlo en los profusos matorrales diseminados por los contornos de las moriscas ruinas. Navete, que había acoplado un silenciador en el escape de previo, saltó de ella y se encaramó a la pared aviruealada de la muralla con un movimiento indeciblemente veloz formado por tics-tacs que parecían descoyuntarle la cerviz. El oído de ambos era sobrado para oír el pedo de un conejo en su madriguera. No fue difícil saborear con alegría el timbre infantil de la voz de Grajan en sus sensibles oídos de supergamberros en acción. Zorton se apresuró a la entrada de la casa; Navete, desde el techo. La niebla sería una

banda de música al lado del silencio con que los supergamberros caminaban camuflados en el silencio único de la playa.

Con cuello como de goma y supersentidos de pantera, ambos captaron la aproximación de un vehículo al aparcamiento de la playa. Luego, los pasos de dos hombres avanzando hacia la maltrecha casucha. Navete dio un salto enorme hasta la posición de Zorton frente a la casa.

- Esperemos – dijo. Tenía esa posición pedante de gato relamiéndose el trasero respingón.
- ¡Qué raro, Navete!. Me parece que aquí hay alguien mas interesado en los roscones de vino... - bromeo. Y comprendió en seguida que el fluido viscoso había acentuado su sentido del humor; imaginó que se debía a que era un aspecto muy valioso que él no sabía aprovechar de su naturaleza.
- ¿Qué ha pasado con los donettes, Zorti?. – aludió con sorna Navete al episodio de Lira con el grosero atunero.
- No lo he olvidado. ¡Dios, qué ganas tengo de ver a Lira!. ¡Vaya; mira que juguetitos traen estos dos, Navete! – dijo identificando sin esfuerzo las pistolas que portaban los dos policías en la abrupta oscuridad.
- Son de la pasma. – identificó Navete, que, como si tratara de aclarar una repentina intuición, condensó sus densas cejas chaplinescas - ¡Qué raro: no traen refuerzos...! – añadió.
- Sí; es muy raro... Observa: uno se ha detenido y el otro avanza hacia aquí. Espera un poco, Navete. Mira qué carita de pestillo tiene este muñeco que aquí llega... ¿Y qué está haciendo ahora? Se alertó el supergamberro al ver cómo el policía volvía la cabeza en dirección al compañero que aguardaba en la distancia, como si tratara de asegurarse de que éste ya no podía ver lo que se disponía a hacer. La figura dio tres golpes en la puerta de la casucha con la culata del revólver. Un tipo enorme con barba bíblica abrió la puerta.
- ¡Creía que no llegarías nunca! – emitió el gigante con voz de trompeta abollada.
- Dónde está el niño. He llamado al inspector y a la televisión. Todo está a punto. ¡Ábrete de aquí, calvito! – dijo con pausado aplomo el agente Milka.
- Baja esa pistola o te la comes... - respondió el grandullón empujándole la cara con violencia al desprevenido agente. ¡Te tengo ganas!. ¡Eres mierda pura! – La voz de Grajan sonó desde el interior formulando un distendido interrogante. – No pasa nada, Grajan – respondió Daglas tranquilizando al chico - ¡Cómete los chocos y las caballas...!

Milka no se inmutó por la agresión.

- ¿Es que no le has vendado los ojos...?. ¡Serás cretino!. ¡Conseguirás que te encierren, desgraciado!
- ¡Eres mierda pura! – repitió, esta vez en un tono más bajo. Y añadió, tensos los músculos del cuello, con un lento susurro amenazante que parecía producto del esfuerzo - Procura que no le pase nada al chico, o no le dará tiempo a que me identifique en el archivo: te arrancaré los huevos y se los echaré a los cangrejos en las rocas... - entonces agarró a Milka por el cuello –
- Toma; aquí va la parte que faltaba del dinero – farfulló, sofocado, el desmelenado agente entregándole un sobre, como respuesta. Daglas lo rasgó con sus rudos dedos y comprobó con rapidez el espeso fajo de billetes que había en su interior.
- ¡Oiga, agente Milka!: ¿va todo bien por ahí? – El agente novato creyó oír algo extraño y viendo que el agente especial tardaba en regresar, ante la duda, tomó la iniciativa. De pronto pareció calmarse: se oía un rumor lejano de sirenas policiales acercándose por el paseo marítimo.
- ¡Huye ahora, Daglas! – se impacientó el agente especial.

El gigante entró de nuevo en la casa. Navete detuvo a Zorton, al que se le pasó por la cabeza que el forajido podía tomar a Grajan como escudo para escapar de la bofia.

- ¡Todo irá bien, pequeño! – dijo acariciándole con su manaza la cabeza al crío.
- ¿Ya viene mamá? – preguntó Grajan, que tenía los ojos vendados, y sostenía un plato de cartón con pescado frito sobre las rodillas.
- Eso es; es tu mamá que viene a por ti, socio – le contestó el hombre desde la puerta – Ahora debo irme: ha sido un verdadero placer conocerte, muchacho. Quédate donde estás; en seguida se ocuparán de ti...
- Vale. Si veo a los supergamberros les diré que no eres tan malo... - dijo con una simple sinceridad estremecedora.
- Adiós, Grajan –

El agente Milka disparó al aire su pistola. Daglas huyó internándose en el follaje en dirección norte, hacia el pinar donde había ocultado su vehículo, para pirarse de allí cuanto antes. Los agentes de policía se apearon de los coches en el aparcamiento y bajaron corriendo por la pendiente. El agente novato les hizo señas y se identificó a voz en grito indicando la posición de Milka en la casucha. El inspector Pómez se extrañó de la presencia del agente Esparki en el lugar; entonces Esparki le contó lo de la intuición del agente especial Milka y cómo le había rogado que le acompañara a la playa

del Moro. Pómez sopesó una posibilidad que, aunque en un principio, le parecía ridícula, le produjo a continuación un desasosiego inquietante: ¿y si hubiera sido en realidad Milka quien realizó la llamada anónima a comisaría para apuntarse el logro de rescatar a Grajan y dejarlo a él fuera del caso?. El inspector sabía que el tipo un cabrón era capaz de eso y más...

- ¿La tele?. ¿Pero quién demonios ha llamado a la tele...?. – prorrumpió furioso el inspector, más que nada porque empezaba a sospechar en serio de su hipócrita ayudante.
- Recibí una llamada anónima al estudio – contestó Manteco, con esa permanencia mezquina agazapada dentro de sí mismo. A su lado estaba Seston, con una libretita en la mano y su cara de evasión frenada por su odio implacable.
- ¡Todo está en orden, chicos!- era Milka, acercándose con Grajan hacia las cámaras grabando.
- ¡Hijo! – gritó la madre del pequeño desde el aparcamiento, desde el que echó a correr a su encuentro. Ambos se abrazaron creando una enorme tensión emocional transmitida en directo por televisión en todos los hogares del país.
- El tipo que lo retenía ha huido – fingió Milka – Lo importante es que Grajan asegura que lo ha tratado muy bien. El secuestrador se ha dirigido hacia el oeste. Huyó en seguida. Le disparé y creo que va herido.
- ¡Venga conmigo, Milka! – el inspector lo agarró del brazo y lo apartó con escaso disimulo de las cámaras.
- ¡Inspector, ya he liberado al pequeño Grajan!. ¡Gracias por su apoyo!. ¡Démonos prisa; aún podemos apresar a su captor...!
- Vas a tener que explicarme muchas cosas, hijo. – dijo el inspector conduciendo al agente en dirección al aparcamiento.

A medida que se acercaban al aparcamiento, con las cámaras de televisión detrás grabando (un cinturón de agentes uniformados trataba en vano de impedirlo), Pómez distinguió la inconfundible figura de don Plastencio entre los reporteros y el resto de agentes.

- ¿Qué ha ocurrido, inspector? – preguntó el catedrático cruzándose de brazos y arrugando el ceño como un juez supremo.

No tuvo ocasión de contestar el inspector. La voz de Zorton timbró con una deliberada desgana mejicana entre el tumulto de cámaras, flashes y secas protestas. Faros y focos apuntaron al instante en dirección a la voz. Entonces vieron a un hombre subido a borricote de otro hombre cuya

imponente corpulencia, apostólica cabeza y dramática tensión expresiva recordaba de inmediato a un personaje de Miguel Ángel en su Juicio Final. Al lado, luciendo una insoportable elegancia garrida, estaba Navete comiendo una de sus manzanas con la desvergüenza descarada del *conejo de la suerte*.

- No se vayan todavía, señores – había dicho el supergamberro Zorton imitando a *Súper ratón – aún hay más*.
- ¡No se muevan de donde están...! – ordenó el inspector sacando su flamante pistola modelo cucaracha. - ¡Entréguense sin resistencia, por favor – Pómez había identificado a Navete.
- ¡Navete! ¡Zorti! – gritó el pequeño Grajan pugnando por desasirse de los brazos de su madre para ir con sus superhéroes favoritos.
- ¿Lo estáis sacando todo, chicos? – preguntó Manteco con fría imparcialidad profesional. A su lado, Seston, vencido por la excitación de las circunstancias, mostraba su primera sonrisa sincera en una década.
- ¡Por Turpin, el de la risa de ángel, si es nuestro joven mentor, el señor Grajan! – gritó Navete con exultante júbilo alzando el puño en dirección al chico. ¡Por Turpin otra vez: si es nuestro catedrático Don Plastencio. ¡Saludos al insigne maestro...! – Don Plastencio levantó la mano ante el estupor del inspector con sincero afecto como respuesta.
- ¡Deténgase, inspector! – ordenó Zorton, caballero sobre Daglas, cuya barba ondulante parecía esculpida en mármol florentino. Le interesará saber lo que hemos averiguado – Zorton miró a Navete como para cederle el turno en lo que procedía. Navete sacó de su chupa un aparato pequeño de color negro. Apuntó con él en dirección a la negruzca muralla morisca. Un hilo de luz amarillento atravesó la decreciente oscuridad matutina en dirección a la roca. Como si fuera una gigantesca pantalla de cine, todos vieron proyectada en la pared la reproducción del encuentro entre Milka, el traidor y Daglas, el mercenario. Un sorprendido clamor cavernoso retumbó en las húmedas bóvedas del aire sonrosado. Enseguida, Milka trató de poner pies en polvorosa; pero Navete le cortó el paso en dos sorprendentes zancadas de vulgar resonancia deportiva. Interceptado Milka, que era – como se ha dicho – diestro en artes pugilísticas, encajó un par de directos al mentón de Navete. Navete, algo desmelenado, le estampó, en un visto y no visto, un apretado beso en los labios al agente especial y tomándolo por brazos y piernas como si fuera un parapente dio un salto enorme hacia la gruesa rama de un árbol donde se colgó como si fuera un simio. Arrastró el cuerpo chafado del agente rozándole toda la geta por la apretada hojarasca y al llegar a la parte más flexible de la rama la tensó empleando a Milka de zapata de tirador para después soltarla y

hacerlo volar muchos metros en dirección a la posición del inspector Pómez. Milka cayó como un muñeco de trapo a los pies de don Plastencio, que para evitar que el felón escapase, le aplastó el pecho con su sobrio zapatón de punta cuadrada.

- ¡Quieto ahí, miserable! – dijo, y levantó el pulgar para indicar a los gamberrazos que la captura había salido a pedir de boca.
- ¡Todo eso está muy bien, Navete; pero vas a tener que acompañarnos de todos modos! – aclaró Pómez tratando de disimular la diversión y agrado que le producía ponerle las esposas a Milka – Léale sus derechos, Esparki. –añadió aludiendo al sorprendido novato al que pareció entusiasmarle la orden.

En ese instante, Daglas, tratando de aprovechar la distracción por la captura de Milka, descabalgó a Zorton de su chepa empujándolo con fuerza por los talones hacia atrás. El supergamberro poeta reaccionó dando una voltereta espectacular para caer de pie y quedar frente a frente del gigante, que, moviendo los pesado brazos como hoces, le atacó con la intención de noquearle.

- ¡Eres mierda pura! – repitió con salmódica voz de lata de conservas el moisés del hampa.

Zorton esquivó el ataque y volvió a encaramarse en la chepa de Daglas con la diabólica agilidad de un lémur. El gigante, que actuaba con la furia de un toro americano montado en un rodeo, trató de agarrar a Zorton por la cabeza para arrancarlo de su espalda. Navete apareció de pronto en la minicross con intención de ensartar como un pinchito a Daglas. La policía a todo esto, por orden de Pómez, apuntaba con sus pistolas cada movimiento sin atreverse a disparar. Lo mismo hacían los cámaras. Grajan animaba a Zorton silbando y gritando retenido a duras penas por su madre, que amenazaba con morirse de la risa. Zorton se apeó a tiempo de la chepa del moisés del hampa y Navete lo llevó a toda velocidad en el manillar hacia el inspector, que redobló su orden de no disparar ante la clara voluntad de los gamberrazos por entregar a los culpables del secuestro de Grajan.

La moto, pues, se acercaba a toda velocidad con Daglas al frente, que mostraba una actitud demasiado cansada para no recibir un buen golpe. Entonces, a unos quince metros del grupo policial apostado frente al aparcamiento, Navete saltó de la moto de tal manera que ésta siguió a toda caña en línea recta hacia los coches de policía. Al quedar libre de los poderosos brazos que lo sujetaban al manillar, el calvo barbudo saltó de la moto raspándose a la perfección todo el costado derecho. Los policías se echaron sobre él; Navete se reagrupó con Zorton a la velocidad del rayo.

Un coche deportivo irrumpió con fuerza desde la zona del pinar formando una gran polvareda al detenerse en seco al lado de los supergamberros.

- ¡Lira, qué haces tú aquí! – dijo Zorton, emocionado al ver a la niña solar tras la ventanilla al volante. A su lado, con un gesto de precisa disponibilidad, estaba Teresa, igual de guapa que su compañera.
- ¡Sacarte del apuro, tío duro! – contestó la niña solar, orgullosa de la decisión de Zorton de hacerse supergamberro y olvidando por completo el asunto del atunero grosero. Navete hizo un guiño a Teresa mientras se precipitaba con Zorton al interior del potente deportivo, que desapareció de la vista de todos adensando una nueva y espesa polvareda.
- Adiós, Grajan – se oyó la voz de ambos supergamberros a lo lejos.

FIN